



Del yo al lector: la construcción del sujeto en Montaigne

Sergio García Rodríguez
Universitat de les Illes Balears  

<https://dx.doi.org/10.5209/asem.106174>

Recibido: 24/11/2025 • Aceptado: 2/3/2026

Resumen. Este trabajo aborda la constitución del yo en los Ensayos de Montaigne desde la hipótesis de que su unidad depende estructuralmente de una instancia de alteridad: el lector. La escritura montañiana, lejos de operar como un ejercicio solipsista, despliega un dispositivo dialógico en el que la figura del lector funciona como límite, espejo y contrapunto del yo que se describe. Esa identidad que emerge es el resultado de una interacción constante entre la autorreflexión y la mirada anticipada del otro, cuya presencia virtual permite ordenar y estabilizar una identidad marcada por la dispersión. El artículo muestra, así, que el yo montañiano es inseparable de la relación con el lector, agente indispensable para su unificación.

Palabras clave: Montaigne; otredad; yo; identidad; público; lector.

^{EN} From the Self to the Reader: The Construction of the Subject in Montaigne

Abstract. This paper explores the constitution of the self in Montaigne's Essays under the hypothesis that its unity structurally depends on an instance of otherness: the reader. Far from operating as a solipsistic exercise, Montaigne's writing deploys a dialogical mechanism in which the reader functions as boundary, mirror, and counterpoint to the self under description. The identity that emerges arises from a constant interplay between self-reflection and the anticipated gaze of the other, whose virtual presence enables the ordering and stabilization of an identity otherwise marked by dispersion. The article thus argues that Montaigne's self is inseparable from its relation to the reader, who serves as an indispensable agent in its unification.

Keywords: Montaigne; otherness; self; identity; audience; reader.

Sumario: 1. El proyecto de «pintarse a uno mismo»: autoconocimiento como praxis vital; 2. La identidad a través del otro: el público como alteridad; 3. ¿Qué soy yo? La incógnita de la identidad montañiana; 4. Conclusión; 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: García Rodríguez, S. (2026): "Del yo al lector: la construcción del sujeto en Montaigne", *Logos. Anales del Seminario de Metafísica* 59 (1), pp. 43-52.

1. El proyecto de «pintarse a uno mismo»: autoconocimiento como praxis vital

Desde los estudios clásicos de Burckhardt, Cassirer y Kristeller, se ha consolidado la tesis de que el Renacimiento inaugura una radical vuelta hacia el hombre, quien es entendido como clave de significación de las distintas dimensiones del mundo. Frente al teocentrismo medieval, el Renacimiento propuso un horizonte en el que el ser humano era convertido en medida y espejo de la realidad: un ser dotado de razón, dignidad y poder para interpretar y transformar su entorno. En este marco antropocéntrico, los *Essais* de Montaigne suponen la culminación de un humanismo ya teñido por la influencia escéptica que, en último término, representará, junto con Descartes, el nacimiento de la subjetividad moderna.

Pese a la decisiva influencia de estos pensadores, lo cierto es que el giro hacia la subjetividad que ellos llevan a cabo no será sino la culminación de un largo proceso intelectual que irá gestándose desde el final de la Edad Media. De este modo, el contexto cultural del Renacimiento evidencia que el tema del autorretrato que atraviesa los *Ensayos* (I, prefacio, p. 5; II, 8, p. 555; II, 17, p. 987) constituía un motivo relativamente frecuente en la sensibilidad de la época. Durante los siglos XV y XVI se advierte un renovado interés por la interioridad y la afirmación de una incipiente individualidad como atestigua el notable incremento de los textos de carácter autobiográfico¹, así como la emergencia del retrato como motivo central en la pintura. Si el arte pictórico medieval cumplía una función de carácter devocional que subordinaba la representación del hombre al propósito religioso y simbólico de la obra, la pintura renacentista no pretenderá «sino descubrir lo humano»². La noción de retrato que encontramos en el Renacimiento supondrá la proyección de una identidad y la búsqueda de una autodefinición subjetiva. Debemos, en este sentido, incidir en que Montaigne, como pensador tardorenacentista, se vio profundamente marcado por el cambio que progresivamente acontecería en la pintura del siglo XVI y que concedía un papel cada vez más preponderante al autorretrato. Esta nueva forma de concebir la representación de uno mismo enfatizaba el papel de la psicología dentro de la representación pictórica del yo. Uno de los artífices de este cambio sería el humanista Leonardo da Vinci, quien entendía que el retrato debía representar una exploración psicológica que desvelara «los mecanismos del pensamiento»³.

Es en este espíritu epocal que concede un peso cada vez mayor a la dimensión psicológica y subjetiva donde debemos ubicar el ejercicio filosófico que Montaigne despliega en los *Essais* que, sin duda alguna, supone una forma de autorretrato, pues, como él mismo reconoce en distintas ocasiones, su pretensión no es sino «pintarse a sí mismo» —expresión que alude inequívocamente al mismo proceso dialéctico al que se enfrenta el autorretrato pictórico renacentista:

En el autorretrato, donde el sujeto y el modelo son la misma persona, este diálogo —ya sea pronunciado o no, consciente o inconsciente— se produce entre el yo y el yo. La actuación del «posante» y el estilo dramático, tal como los construye el «pintor», ocupan el lugar central. La relación clave en el acto de visualizarse a sí mismo es la que se establece entre el yo frente al caballete y la imagen sin sustancia que aparece en el espejo cómplice: un yo allí, en el espejo, y un yo aquí. La manera en que el artista concibe y construye las relaciones entre los tres puntos cardinales del «yo», el «mí» y la obra de arte constituye uno de los factores determinantes en toda autorrepresentación visual⁴

Contra esta lectura que ve en los *Essais* las raíces de un incipiente sujeto moderno, distintos exégetas han señalado el anacronismo en el que esta interpretación incurriría. Es el caso de Balsamo⁵, para quien leer el proyecto de Montaigne como la búsqueda de un yo de connotaciones modernas supone imponer una serie de conceptos como «sujeto», «yo» o «alteridad» que en modo alguno estarían presentes en el horizonte mental montañiano y que desvirtuarían un proyecto de cuño renacentista cuya esencia radicaría, principalmente, en el cultivo de la moral y la erudición. Otra perspectiva crítica es la que hallamos en Desan⁶, para quien la lectura subjetivista, además de incurrir en el anacronismo ya citado, no haría verdadera justicia al pensamiento de Montaigne al hacer de este un intelectual que, desentendido de toda vida política y pública, cultiva las *humanae litterae* encerrado en su torre. Precisamente la lectura de Desan enfatiza ese componente político al mostrar cómo cualquier aproximación que desatienda toda esa dimensión experiencial de Montaigne es incapaz de comprender las reflexiones y el sentido mismo de los ensayos.

Sin duda, estas interpretaciones muestran con gran solvencia que la complejidad poliédrica del pensamiento montañiano no puede reducirse únicamente a la visión del sujeto moderno *avant la lettre*.

¹ Véase a este respecto: McLaughlin, M.: «Biography and Autobiography in the Italian Renaissance», en *Mapping Lives: The Uses of Biography*, P. France & W. St Clair (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 37-66.

² Todorov, T.: *Elogio del individuo. Ensayo sobre la pintura flamenca del Renacimiento*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2006 p. 205

³ Pope-Hennessy, J.: *El retrato en el Renacimiento*, Madrid, Akal, 1985, p. 117

⁴ Woods-Marsden-J.: *Renaissance Self-Portraiture*, New Haven & London: Yale University Press, 1998, p. 27

⁵ Una magnífica exposición de esa crítica la encontramos en: Balsamo, J., «El retrato de Montaigne en los *Ensayos*: formas sociales e implicaciones éticas de la representación literaria de sí», en *Guía Comares de Montaigne*, J.Ll. Llinàs Begon (ed.), Granada, Comares, 2020, pp. 69-90.

⁶ Ese componente político, como pone de manifiesto Desan, no deja de estar presente incluso una vez Montaigne se retira y dedica a la redacción de los *Essais*: Desan, P.: *Montaigne. A Life*, Princeton, Princeton University Press, 2017, pp. 549-89.

No obstante, parece evidente que en los *Essais* encontramos un intento novedoso por clarificarse y conocerse a sí mismo y por comprender aquello que le define. Que determinados ensayos no estén directamente relacionados con vivencias personales no hace que la reflexión presente en ellos deje de formar parte de la identidad de Montaigne. El ejercicio montañiano de pensarse a sí mismo desborda el carácter meramente introspectivo con el que escritos filosóficos previos como las *Epístolas morales* de Séneca o las *Confesiones* de Agustín de Hipona habían planteado el problema del yo⁷. Montaigne es el primero en convertir genuinamente el yo en un problema filosófico de primer orden al vertebrar su pensamiento en torno al interrogante «¿qué sé yo?» (*Que sais-je?*) y es precisamente en esa pregunta donde su escepticismo cobra plena relevancia. Como es sabido, dentro del terreno escéptico, Montaigne se mueve en unas coordenadas próximas al pirronismo, escuela escéptica que tomaba como una de sus máximas la inagotable búsqueda de la verdad⁸. Esa es precisamente la diferencia esencial que, a juicio de Sexto Empírico, diferenciaría a los filósofos dogmáticos, académicos y pirrónicos:

Y por eso seguramente, sobre las cosas que se investigan desde el punto de vista de la Filosofía, unos dijeron haber encontrado la verdad, otros declararon que no era posible que eso se hubiera conseguido y otros aun investigan. Y creen haberla encontrado los llamados propiamente dogmáticos; como por ejemplo los seguidores de Aristóteles y Epicuro, los estoicos y algunos otros. De la misma manera que se manifestaron por lo inaprehensible los seguidores de Clitómaco y Carnéades y otros académicos. E investigan los escépticos⁹

Montaigne asume la tarea del escéptico pirrónico («Nuestras indagaciones no tienen fin; nuestro fin está en el otro mundo»¹⁰), si bien esta se redefine bajo parámetros renacentistas. Así, es en el propio acto de ensayarse donde encontramos la más clara manifestación de un humanismo escéptico. El ensayo, tal y como Montaigne lo cultiva, supone una investigación permanente, pero no ya de las cosas mismas —como sucedía con el pirrónico— sino del propio yo. La perpetua búsqueda del conocimiento que practicaban los seguidores de Pirrón deviene en Montaigne en búsqueda del autoconocimiento. En ambos casos el objetivo es la verdad pero el espacio al que esta investigación se circunscribe difiere. El escepticismo montañiano mantiene una renuncia expresa a la investigación de las cosas mismas («El mundo mira siempre enfrente; yo, por mi parte, repliego mi vista al interior, la fijo y aplico ahí. Todos miran delante suyo; yo miro dentro de mí»¹¹), reemplazándola por una búsqueda del yo guiada por el precepto clásico «Conócete a ti mismo» (γνώθι σεαυτόν):

Platón alega con frecuencia este gran precepto: «Haz lo tuyo y concómete a ti mismo». Cada uno de estos dos elementos implica en general el conjunto de nuestro deber, e implica también a su compañero. Quien deba cumplir lo suyo, verá que su primera lección consiste en saber qué es él mismo y qué le es propio. Y quien se conoce a sí mismo, deja de tomar lo ajeno por propio: se ama y se cultiva antes que a cualquier otra cosa —re-húsa las ocupaciones superfluas y los pensamientos y propósitos inútiles—¹²

Con todo, este giro hacia el sujeto no debe entenderse, como han sugerido exégetas como Raga (2019) o Limbrick (1977)¹³, como el abandono de la tarea propia del pirrónico —la inextinguible búsqueda de la verdad— sino, en todo caso, como una redefinición de este deber adaptado a una nueva circunstancia. La verdad que a Montaigne le importa es la que pueda decir de sí y es a ella a la que acota su investigación («Me estudio a mí mismo más que cualquier otro asunto. Ésta es mi metafísica, ésta es mi física»¹⁴). Ahora bien, pese a redefinir los límites de su indagación, Montaigne mantendrá una caracterización de la verdad sobre su yo en términos pirrónicos. Lo que sea propiamente su identidad —es decir, lo que sea la verdad sobre sí mismo— será siempre algo mutable cuya naturaleza no se deja aprisionar bajo un prisma acabado. En palabras de Lázaro, «lejos de afirmarse como realidad sustantiva, se conforma con ser un yo que siempre resulta extraño a sí mismo y en continuo movimiento»¹⁵. El ensayo como técnica de indagación

⁷ Para un análisis comparativo sobre las diferencias entre esos estilos autobiográficos véase: Weintraub, K.J., *The Value of the Individual Self and Circumstance in Autobiography*, Chicago, The University of Chicago Press, 1978.

⁸ Recuérdese que, según Sexto Empírico, «La orientación escéptica recibe también el nombre de *Zetética* por el empeño en investigar y observar» (Sexto Empírico: *Esbozos pirrónicos*, Madrid, Gredos, 1993, [I, 3, p. 53])

⁹ Sexto Empírico: *Esbozos pirrónicos*, op. cit., (I, 1, p. 51)

¹⁰ El presente artículo emplea la traducción de los *Ensayos* realizada por Jordi Bayod, si bien indicando también entre corchetes la página correspondiente a la edición canónica de P. Villey y V.L. Saulnier, París, PUF, 1988: Montaigne, M.: *Ensayos*, Barcelona, Acanalado, 2021 (III, 13, p. 1595 [1068])

¹¹ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (II, 17, p. 993 [657])

¹² Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (I, 3, p. 20 [15])

¹³ Limbrick mantiene que Montaigne se enmarca en un escepticismo académico, por lo que en su pensamiento encontraríamos una «fundamental incapacidad de la mente humana para alcanzar la verdad. Toda la ciencia del hombre no es sino opinión: una ignorancia aprendida» (Limbrick, E.: «Was Montaigne Really a Pyrrhonian?», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, t.39, no.1, 1977, p. 73). Para Raga, sin embargo, Montaigne no se enmarcaría propiamente en un escepticismo académico o pirrónico, lo que le lleva a afirmar que Montaigne, «a diferencia de los filósofos que le antecedieron, incluidos los escépticos, no busca la verdad, ni desespera de encontrarla, ni sigue investigando acerca de ella, sino que atiende a sí mismo, buscando un esclarecimiento que le permita orientarse en la praxis cotidiana» (Raga Rosaleny, V.: «¿Montaigne escéptico? La influencia de Pascal en nuestra comprensión de *Los ensayos*», *Ideas y Valores*, vol. 68, no.171, 2019, p. 77).

¹⁴ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit., (III, 13, p. 1602 [1072])

¹⁵ Lázaro Cantero, R.: «La vida práctica en Montaigne y Descartes», *Contrastes. Revista internacional de filosofía*, no.14, 2009, p. 161

recoge esta visión de la verdad sobre el sujeto: ante el permanente devenir de lo que yo mismo soy, solo cabe *ensayarse*, esto es, interrogarse incesantemente sobre mi propio yo —aun cuando esa búsqueda difícilmente revelará la verdad de lo que yo mismo soy:

Mi entendimiento no siempre avanza, también retrocede. Apenas desconfío menos de mis fantasías porque sean segundas o terceras en vez de primeras, o presentes en vez de pasadas. Con frecuencia nos corregimos tan neciamente como corregimos a los demás. c | He envejecido unos cuantos años después de mis primeras publicaciones, que fueron en 1580. Pero dudo que me haya hecho una pulgada más sabio. Yo ahora y yo hace un momento somos dos. Cuándo mejor, nada puedo decir al respecto. Sería hermoso ser viejo si avanzáramos siempre hacia la mejora. Es un movimiento de borracho, titubeante, vertiginoso, informe, o como el de los paillos que el aire mueve azarosamente a su antojo. Antíoco había escrito con fuerza a favor de la Academia; al envejecer, tomó otro partido¹⁶

Dado que el ensayo no es una técnica que me permita acceder a la verdad prístina de mi identidad, este solo puede entenderse como una forma de vida basada en la incesante búsqueda de la autocomprensión («El mundo es sólo una escuela de indagación. La cuestión no es quién llegará a la meta, sino quién efectuará las más bellas carreras»¹⁷). Ese modo de radicarse en el mundo es el que reivindica Montaigne a lo largo de sus *Ensayos*, pues, como él mismo reconoce: «Si mi alma pudiera asentarse, no haría ensayos, me mantendría firme; está siempre aprendiendo y poniéndose a prueba»¹⁸.

2. La identidad a través del otro: el público como alteridad

La pregunta que vertebra el pensamiento montañiano («*Que sçay-je?*») no solo redefine los límites de la indagación de la verdad al circunscribirlos exclusivamente a la verdad de mi ser, sino que también plantea el problema de lo que yo mismo soy, esto es, de lo que define mi propia identidad, pues como bien señala el propio Montaigne, «quien no se entiende a sí mismo, ¿qué puede entender?»¹⁹. Esta cuestión será, de hecho, una de las claves que orienten la nueva filosofía construida sobre el sujeto, en la que la reflexión sobre la conciencia sustituirá el antiguo horizonte ontológico por un horizonte de interioridad. Así, leemos en las *Meditaciones metafísicas* de Descartes:

Pues bien, ¿qué soy yo, ahora que su pongo haber alguien extremadamente poderoso y, si es lícito decirlo así, maligno y astuto, que emplea todas sus fuerzas e industria en engañarme? ¿Acaso puedo estar seguro de poseer el más mínimo de esos atributos que acabo de referir a la naturaleza corpórea? Me paro a pensar en ello con atención, paso revista una y otra vez, en mi espíritu, a esas cosas, y no hallo ninguna de la que pueda decir que está en mí [...] y aquí si hallo que el pensamiento es un atributo que me pertenece, siendo el único que no puede separarse de mí. Yo soy, yo existo; eso es cierto, pero, ¿cuánto tiempo? Todo el tiempo que estoy pensando²⁰

Si bien Montaigne y Descartes toman el problema de la identidad como clave filosófica, la respuesta que ofrecerán será radicalmente distinta. Como ha señalado Taylor, ambas formas de pensar el yo son antitéticas por cuanto hace a métodos y objetivos²¹. Descartes encuentra la respuesta en la *res cogitans*: lo que define mi identidad es ser «una cosa que piensa, es decir, un espíritu, un entendimiento o una razón»²². Sin embargo, en el caso de Montaigne, esta respuesta no será tan clara, dado que toda la investigación que desarrolla en los *Ensayos* es una inagotable búsqueda por comprenderse y definir su propio yo. Para Montaigne, el sujeto no es algo que pueda ser perfectamente delimitado y conocido —como la substancia pensante cartesiana— en la medida en que lo que yo soy siempre está en un permanente hacerse («Lo único que me propongo aquí es mostrarme a mí mismo, que seré tal vez distinto mañana si un nuevo aprendizaje me modifica»²³).

Según se ha expuesto, Montaigne desarrolla una incesante búsqueda de su yo, por lo que uno de esos polos constitutivos de la subjetividad se encontraría en *uno mismo*, en la investigación basada en la máxima «Conócete a ti mismo». Sin embargo, distintos pasajes de los *Ensayos* parecen sugerir que la identidad del sujeto no solamente puede provenir de uno mismo. Es aquí donde cobra especial relevancia el público como una alteridad que también construye parte de lo que yo mismo soy. La identidad no es solo lo que yo soy para mí, sino también lo que yo soy para los otros. Ciertamente, si la constitución de mi subjetividad solamente requiriera de un proceso autorreflexivo, la obra de Montaigne habría podido ser un conjunto inédito de reflexiones en torno a sí que le habrían permitido indagarse en absoluta libertad.

¹⁶ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (III, 9, p. 1437 [964])

¹⁷ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (III, 8, p. 1385 [928])

¹⁸ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (III, 2, p. 1202 [805])

¹⁹ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (II, 12, p. 833 [557])

²⁰ Descartes, R.: *Meditaciones metafísicas*, Madrid, Alfaguara, 1977, p. 25 (AT VII, pp. 26-7)

²¹ Para una comparativa entre ambas formas de pensar el yo véase: Taylor, Ch.: *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós, 1996, pp. 197-200

²² Descartes, R.: *Meditaciones metafísicas, op. cit.*, p. 26 (AT VII, p. 27)

²³ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (I, 25, p. 186 [148])

Ahora bien, el prólogo a los *Ensayos* nos indica que Montaigne siempre tuvo la pretensión de publicar la obra, dado que su contenido y estilo estuvieron en todo momento adaptados a las convenciones sociales que el público era capaz de aceptar²⁴ —lo que, en última instancia, suponía limitar la libertad del ejercicio ensayístico en aras de su circulación pública:

Porque me pinto a mí mismo. Mis defectos se leerán al natural, mis imperfecciones y mi forma genuina en la medida que la reverencia pública me lo ha permitido. De haber estado entre aquellas naciones que, según dicen, todavía viven bajo la dulce libertad de las primeras leyes de la naturaleza, te aseguro que me hubiera gustado muchísimo pintarme del todo entero y del todo desnudo²⁵

En este punto se nos plantea una cuestión clave: ¿Por qué Montaigne decidió publicar sus *Ensayos* si ello solo dificultaba su propia investigación en torno a sí mismo? («Digo toda la verdad, no toda la que se me antoja, sino hasta donde me atrevo a decirla»²⁶). Según declara el pensador, con ello no pretendía alcanzar la fama o la gloria, ni tampoco que su autorretrato sirviera de aprendizaje o modelo a nadie («No poseo la autoridad de ser creído, ni lo deseo, pues siento que estoy demasiado mal instruido para instruir a los demás»²⁷), sino solo presentarse a sus lectores tal como es («Estoy ávido por darme a conocer; y no me importa a cuántos con tal de que sea de verdad»²⁸). Raga (2025) señala a este respecto que determinados recursos empleados por Montaigne como el ejercicio de la ironía requieren de «un “lector capaz”, pero también un amigo con el que dialogar, o disputar, de manera pacífica»²⁹, por lo que ello podría ser un factor que hubiera movido al perigordino a publicar su obra. Sin embargo, a mi entender, el lector desempeña un papel aún más esencial en el proyecto montaniano. Así, la tesis que mantengo es que si Montaigne busca darse a conocer a un público es por la necesidad de disponer de un Otro como polo constitutivo de su propia subjetividad. Consecuentemente, contra la posición de Friedrich (1949)³⁰, sostengo que conocer lo que Montaigne propiamente es requiere no solo de su propia indagación, sino también de un lector que le permita definirse desde una otredad.

La visión montaniana de la identidad participa de una de las claves antropológicas del Renacimiento como es el descubrimiento del Otro. La conquista de América no solamente supuso el contacto entre civilizaciones profundamente distintas sino también la irrupción de una alteridad radical que, en último término, obligaría a pensar el problema mismo de la identidad. En palabras de Todorov:

En primer lugar el descubrimiento de América, o más bien el de los americanos, es sin duda el encuentro más asombroso de nuestra historia. En el «descubrimiento» de los demás continentes y de los demás hombres no existe realmente ese sentimiento de *extrañeza radical*: los europeos nunca ignoraron por completo la existencia de África, o de la India, o de China; su recuerdo está siempre y a presente, desde los orígenes. [...] Al comienzo del siglo XVI los indios de América, por su parte, están bien presentes, pero ignoramos todo de ellos, aun si, como es de esperar, proyectamos sobre los seres recientemente descubiertos imágenes e ideas que se refieren a otras poblaciones lejanas³¹

La cuestión de la otredad adquirió en el siglo XVI una relevancia decisiva, pues no solo tomó cuerpo en las disputas teológicas y jurídicas que acompañaron la expansión europea, sino que impregnó el imaginario filosófico y político de la época. Este problema, en el que convergían interrogantes sobre la naturaleza humana, la legitimidad del dominio y los límites de la razón, encontró una de sus formulaciones más influyentes en la *Relectio de Indis* (1538) de Francisco de Vitoria, donde se debatía el estatuto moral y jurídico de los pueblos recién descubiertos. Las polémicas que atravesaron el siglo, como la célebre Controversia de Valladolid (1550–1551), pusieron en escena la tensión entre el universalismo cristiano y la afirmación de una diferencia radical: para autores como Juan Ginés de Sepúlveda, el «bárbaro» encarnaba al ser naturalmente inferior, el otro frente al cual se definía la superioridad del conquistador. Sin embargo, en otros pensadores contemporáneos, la figura del otro adquirió un sentido reflexivo y transformador. Es el caso de la *Utopía* de Tomás Moro, donde esa alteridad deja de ser objeto de dominación para convertirse

²⁴ Tal y como apunta Wadsworth, el estilo y contenido de los *Ensayos* estaban contruidos hacia un lector: «En ocasiones mostraba los capítulos manuscritos a sus amigos y solicitaba sus comentarios. Al releer su texto —añadiendo cada vez más material de una edición a otra— realizaba también pequeñas correcciones y mejoras de estilo. A menudo reflexiona sobre cuestiones de forma y de estilo, especialmente en su ensayo Sobre la vanidad (III, 9), donde manifiesta su deseo de desafiar a los lectores, de agradecerles si es posible y, en todo caso, de mantener su interés» (Wadsworth, P. A.: «Montaigne's Relation to His Readers», *South Atlantic Bulletin*, vol.35, no.2, 1970, p. 25)

²⁵ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (I, Prólogo, p. 5 [3])

²⁶ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (III, 2, p. 1203 [806])

²⁷ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (I, 25, pp. 186-7 [148])

²⁸ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (III, 5, p. 1263 [847])

²⁹ Raga Rosaleny, V.: *Una casa fundada en el mar. Michel de Montaigne y las pasiones*, Madrid, Guillermo Escolar, 2025, p. 94

³⁰ Friedrich, en su clásico *Montaigne*, mantiene que, si bien el uso de un lenguaje escrito necesariamente nos conecta con la idea de audiencia, ese público solo posee un papel tangencial, pues quien desarrolla la indagación es el propio Montaigne: «El objetivo principal se ha cumplido: ha logrado encontrarse a sí mismo en el proceso de escribir. El hecho de que efectivamente surgiera un público —desde el ciudadano aristocrático del mundo en el siglo XVII hasta las mentes más brillantes de los siglos XIX y XX— pertenece a otro ámbito: forma parte de la historia de su influencia, la cual ya no está directamente vinculada con su actitud de incertidumbre frente a su audiencia» (Friedrich, H.: *Montaigne*, Berkeley, University of California Press, 1991, p. 334)

³¹ Todorov, T.: *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI, 2007, p. 14

en espejo crítico: un horizonte desde el cual repensar la propia sociedad, sus valores y sus límites. De este modo, la problemática de la otredad, lejos de circunscribirse a la cuestión colonial, se revela como una matriz de la modernidad filosófica, donde el encuentro con el otro se convierte en condición para el pensamiento de lo humano.

Esa conciencia de la alteridad está plenamente presente en el ensayo que Montaigne dedica a los caníbales (I, 31). El descubrimiento de América abre, para una parte de la intelectualidad europea del momento, un marco de posibilidades existentes que permite repensar lo que propiamente somos. En el texto, Montaigne alude a otras muestras de canibalismo anteriores como las de los escitas, pero la diferencia radica en la contemporaneidad. La coexistencia simultánea de las tribus tupinambas y la sociedad europea proporciona una otredad tangible que permite ampliar la comprensión de lo que constituye la realidad humana. Así, a partir de esta otredad efectivamente existente, Montaigne desarrolla una reflexión sobre nosotros mismos, denunciando la contradicción que existe en tildar de bárbaras sus costumbres y, sin embargo, que «estemos tan ciegos para las nuestras»³²:

cada cual llama «barbarie» a aquello a lo que no está acostumbrado. Lo cierto es que no tenemos otro punto de mira para la verdad y para la razón que el ejemplo y la idea de las opiniones y los usos del país donde nos encontramos. Ahí está siempre la perfecta religión, el perfecto gobierno, el perfecto y cumplido uso de todas las cosas. Ellos son salvajes como llamamos «salvajes» a los frutos que la naturaleza ha producido de suyo y por su curso ordinario, cuando, a decir verdad, deberíamos más bien llamar «salvajes» a los que hemos alterado y desviado del orden común con nuestro artificio³³

Es aquí donde la alteridad emerge como un espejo desde el que reflejarnos críticamente a nosotros mismos. Tal y como subraya Llinàs Begon (2011), la propuesta política montañiana que encontramos en el ensayo sobre los caníbales toma al otro como punto de partida, pues «la manera de mejorar la sociedad consiste en la reflexión a partir de modelos reales, de las distintas realizaciones de la condición humana, esto es, en mirar al otro para mejor mirarse a sí mismo»³⁴. Así, sostengo que, del mismo modo que esa otredad que representan los caníbales refleja una verdad sobre los europeos que les permite conocer críticamente lo que ellos mismos son, el lector de los *Ensayos* será la otredad que contribuya a fraguar la identidad del sujeto montañiano.

Podemos, en este sentido, señalar tres funciones que Montaigne atribuye a esa alteridad para con su propio yo. En primer lugar, aun cuando Montaigne declara que él es su propio libro («He hecho lo que quería: todo el mundo me reconoce en mi libro, y reconoce mi libro en mí»³⁵), los *Ensayos* ponen de manifiesto la fragmentariedad del yo, cuestionando el que la propia obra pueda representar unitariamente su subjetividad. Si bien Casals (1986) ha mantenido que tanto la pintura del yo, como la propia estructura de los *Ensayos* ofrecerían una unidad al proyecto montañiano³⁶, lo cierto es que el propio Montaigne parece desmentirlo al cuestionar que él mismo sea capaz de comprender esa misma visión de conjunto. Según él mismo declara, los *Ensayos* solo dan «a conocer hasta dónde llega en este momento lo que conozco»³⁷. Asimismo, la elaboración progresiva del texto a través de las distintas ediciones tampoco conlleva una visión unitaria:

Ni siquiera en mis propios escritos reencuentro siempre el aire de mi primera figuración. No sé qué quise decir, y escarmiento a menudo al corregir e introducir un nuevo sentido, porque pierdo el primero, que era mejor. No hago más que ir y venir. Mi juicio no siempre marcha hacia delante; fluctúa, vagabundea³⁸

Es aquí donde el público asume la tarea de unificar esa identidad dispersa del sujeto, de ofrecer una visión sinóptica sobre Montaigne: «Debo al público mi retrato completo»³⁹.

En cierto modo, esa unidad del yo es la que resulta de cualquier lectura, pues como lector elaboramos un relato que sintetiza y unifica aquellos aspectos más esenciales que encontramos en la obra. Montaigne aborda precisamente esta cuestión en su ensayo «Des livres» (II, 10), donde da cuenta de cómo él mismo, en tanto que lector, construye a partir de una obra un retrato unitario de su autor:

desde hace algún tiempo, a añadir al final de cada libro —es decir, de aquellos de los que sólo me quiero servir una vez— el momento en que he terminado de leerlo y el juicio que saco de él en conjunto, a fin de que esto me represente cuando menos el aire y la idea general que había concebido sobre el autor al leerlo⁴⁰

³² Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (I, 30, p. 285 [209])

³³ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (I, 30, p. 279 [205])

³⁴ Llinàs Begon, J.L.: «Acercas de utopías y realidades: el diálogo de Montaigne con Platón en “Sobre los caníbales” (Ensayos I, 31)», *Daimon: revista internacional de filosofía*, no.4, 2011, p. 275

³⁵ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (III, 5, p. 1307 [875])

³⁶ Véase a este respecto: Casals Pons, J.: *La filosofía de Montaigne*, Barcelona, Edicions 62, 1986, pp. 252-7

³⁷ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (II, 10, p. 585 [408])

³⁸ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (II, 12, p. 848 [566])

³⁹ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (III, 5, p. 1326 [887])

⁴⁰ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (II, 10, p. 602 [418])

Más allá de la fragmentariedad con que se me presenta mi yo a mí mismo, es el público quien es capaz de unificar esa identidad que me define —sin que ello signifique, como se expondrá en el siguiente apartado, que ese retrato sea realmente el que me representa de forma fidedigna. Así, la tarea de lograr dar con la verdad de sí precisa de un público que sea capaz de ello.

En segundo lugar, el público supone otra senda en esa investigación del yo. Mientras Montaigne se investiga *desde sí mismo*, el lector supone una indagación de ese mismo yo *desde una otredad*. Y aunque Montaigne incide en distintas ocasiones en que la investigación que él desarrolla es la que parece estar mejor encaminada a su autoconocimiento («nadie ha tratado un objeto que entendiera ni conociera mejor de lo que yo entiendo y conozco el que he abordado, y que en éste soy el hombre más docto que vive»⁴¹), sin embargo, también reconoce que el «lector capaz descubre a menudo en los escritos ajenos otras perfecciones que las que el autor ha puesto y advertido en ellos, y les presta sentidos y aspectos más ricos»⁴². Ninguna indagación está libre del error y aquí la otredad es una clave que nos permite enmendarlos:

Estoy obligado a responder de esto: si me entorpezco a mí mismo, si hay vanidad y vicio en mis discursos que yo no perciba o no sea capaz de percibir cuando otro me lo muestra. Porque las faltas escapan a menudo a nuestra mirada, pero la enfermedad del juicio consiste en no poderlas ver cuando otro nos las descubre. La ciencia y la verdad pueden residir en nosotros sin juicio, y el juicio puede también estar en nosotros sin ellas⁴³

Así, el camino hacia la comprensión del sujeto vería en el Otro un elemento decisivo que permitiría ampliar por otras vías esa investigación del yo que él mismo desarrolla.

Por último, en la medida en que los *Ensayos* se escriben orientados hacia un lector, podemos afirmar que es el público quien, en cierto modo, guía ese ejercicio autorreflexivo. Montaigne no se piensa simplemente a sí mismo, antes bien, su ejercicio se dirige a un otro. Así, el pensarse *para* otros es la forma de pensarse a sí mismo:

Al moldear en mí esta figura, he tenido que arreglarme y componerme tan a menudo para reproducirme, que el modelo ha cobrado firmeza y en cierta medida forma él mismo. Al representarme para otros, me he representado en mí, con colores más nítidos que los que antes tenía. No he hecho más mi libro de lo que mi libro me ha hecho a mí⁴⁴

La alteridad que encarna el público supone, por tanto, una condición de posibilidad del propio ensayarse, pues el pensamiento que se ensaya a sí mismo solo es posible en la medida en que se dirige a un lector. Dado que es en el público donde reside el elemento capaz de unificar la identidad del yo, Montaigne se ve obligado a que su ejercicio pueda ser adecuadamente comprendido por el Otro. Es por ello que encontramos en los *Ensayos* una permanente preocupación por hacerse entender —solo así será posible que la representación que el lector construya sea fiel al original.

El público es, por tanto, el otro polo constitutivo de la subjetividad misma. Para Montaigne, lo que soy yo no se encierra solamente en mi propia representación, sino también en lo que el otro se representa de mí. De esta forma, el ensayo no basta por sí mismo para dar con lo que yo soy, este requiere de un lector que sea capaz de conjugar esa fragmentariedad y formar una idea del yo de Montaigne. Los *Ensayos* no son, por tanto, solo un ejercicio de autoconocimiento sino la construcción de la propia subjetividad, de ese otro individuo, a través de dos polos (yo-otro). Sin el otro, ese sujeto sería incompleto, por lo que la dimensión del reconocimiento es decisiva. En suma, el sujeto montañiano no es el sujeto cartesiano que solo depende de sí para existir, pues la alteridad que representa el público es necesaria para constituir al propio sujeto.

3. ¿Qué soy yo? La incógnita de la identidad montañiana

Montaigne comienza su famoso ensayo sobre el arrepentirse (III, 2) declarando que mientras «Los demás forman al hombre; [él] lo fier[e]»⁴⁵ (*je le recite*). El lector asume, así, una función esencial en la constitución de la subjetividad: solo este es capaz de condensar los aspectos decisivos que definen la identidad de uno y acceder a la verdad que define a ese sujeto. Ciertamente, Montaigne es su propio lector, pero no el único y es aquí donde el público asume la posibilidad de enfrentar el mismo reto que este pero desde la alteridad.

A este respecto, no debemos olvidar que, para Montaigne, la verdad existe y es *una* («La esencia misma de la verdad [...] es uniforme y constante»⁴⁶) mientras que «el reverso de la verdad posee cien mil figuras y un campo indefinido»⁴⁷. Solo hay, pues, una verdad sobre sí y para alcanzarla es preciso que el lector sea capaz

⁴¹ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (III, 2, p. 1203 [805])

⁴² Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (I, 23, p. 157 [127])

⁴³ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (II, 10, p. 587 [409])

⁴⁴ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (II, 18, p. 1003 [665])

⁴⁵ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (III, 2, p. 1201 [804])

⁴⁶ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (II, 12, p. 826 [553])

⁴⁷ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (I, 9, p. 50 [37])

de llegar a la unidad correcta que define auténticamente la identidad del yo. Debemos, consecuentemente, desechar una interpretación de tipo perspectivista: no se trata de que cada representación de mi yo sea una cara de esa verdad sino más bien que cada representación supone un intento por comprender esa identidad, por conocer lo que verdaderamente define a ese yo.

Es el público quien debe conformar esa identidad del sujeto, sin embargo, a Montaigne se le plantean, en este punto, dos dificultades. La primera es fruto del carácter social del ser humano, pues este nos lleva a construir una identidad ficticia —una máscara— a fin de desenvolvernos del mejor modo posible en el teatro del mundo pero que, en último término, puede confundir al otro sobre lo que realmente somos:

La mayoría de nuestras ocupaciones son teatrales. *Mundus universus exercet histrioniam* [El mundo entero representa una comedia]. Hemos de representar debidamente nuestro papel, pero como el papel de un personaje prestado. La máscara y apariencia no debe convertirse en esencia real, ni lo ajeno en propio. No sabemos distinguir la piel de la camisa⁴⁸

El tema de la identidad entendida como una máscara que oculta el yo frente a los demás y proyecta una apariencia falsa para encubrir la verdadera es recurrente en el pensamiento renacentista. Buena muestra de ello la hallamos en la figura del cortesano proyectada en *El Cortesano* (1534) de Baldassare Castiglione. Según esta obra, el ideal de cortesano no reside únicamente en la posesión de virtudes morales o habilidades políticas, sino en la capacidad de modular su comportamiento y su apariencia a fin de adaptarse a las expectativas de la corte y de quienes lo rodean, proyectando, así, una imagen cuidadosamente construida. De manera análoga, en *El Príncipe* (1532) Maquiavelo sostiene que el gobernante eficaz es aquel que sabe manejar la percepción que los súbditos tienen de él, utilizando la apariencia como herramienta estratégica para consolidar su poder. En ambos casos, la auténtica identidad del individuo se subordina a la imagen socialmente proyectada, reemplazándose por una máscara que asegura aceptación, influencia y control sobre los demás.

Es aquí donde debemos enmarcar el interés montañiano por pintarse desnudo («Yo me presento de pie y tumbado, por delante y por detrás, por la derecha y por la izquierda, y con todos mis hábitos naturales»⁴⁹). Frente a la identidad ficticia proyectada para disfrazarnos en el teatro del mundo, Montaigne reivindica la necesidad de mostrar su auténtico ser. Conocer el verdadero yo de Montaigne supone prescindir de toda máscara social y acceder, en la medida de lo posible, a su auténtica subjetividad (III, 9, p. 1423). Así, para resolver este primer inconveniente solo es necesario «aportar fidelidad. Aquí la hay, la más sincera y pura que puede encontrarse»⁵⁰. Ahora bien, como señala Starobinski (1982), ese ejercicio de transparencia que rompe con las apariencias e imposiciones sociales paradójicamente requiere a un otro que debe ser testigo de esa fidelidad:

La disimulación ante los demás desemboca fatalmente en el desconocimiento de sí. Ocultarse a los otros conduce a ocultarse a uno mismo [...] Nada se ve en el interior sino para ser dicho afuera; nada se dice sino para ser mejor visto. En este punto, el parecer ya no es una potencia enemiga: ya no es el reflejo fantasmal en los ojos de los demás, por donde se escapa y se dispersa nuestra verdadera sustancia; es, por el contrario, el agente que desde afuera nos ayuda a solidificar nuestro ser, a hacerlo cuajar como un yeso que endurece⁵¹

En este punto emerge la segunda dificultad: que un mal lector construya una representación inadecuada de su yo:

Rehúyo mortalmente que me tomen por otro quienes den en conocer mi nombre. Aquel que lo hace todo por el honor y por la gloria, ¿qué piensa ganar exhibiéndose al mundo enmascarado, hurtando su verdadero ser al conocimiento del pueblo? Alaba a un jorobado por su hermosa talla, se lo va a tomar como un insulto. Si eres cobarde y te honran como a un valiente, ¿hablan de ti? Te toman por otro⁵²

Indudablemente Montaigne es consciente de que, al leer los *Ensayos*, cada lector elabora una búsqueda propia que puede dar lugar a lecturas parcialmente distintas y más ricas. Sin embargo, para el perigordino también está claro que no todo lector es un buen lector. Como él mismo señala, es «el lector poco diligente quien pierde mi tema, no yo»⁵³. El mal lector es, por tanto, aquel que traiciona la fidelidad con la que Montaigne considera haberse representado:

Cuando rompen por completo el sentido, me inquieto poco, pues al menos me descargan de responsabilidad. Pero, cuando lo sustituyen por uno falso, como hacen tan a menudo, y me desvían hacia su concepción, me arruinan⁵⁴

⁴⁸ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (III, 10, p. 1509 [1011])

⁴⁹ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (III, 8, p. 1408 [943])

⁵⁰ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (III, 2, p. 1203 [805-6])

⁵¹ Starobinski, J.: *Montaigne en mouvement*, Paris, Gallimard, 1982, p. 196

⁵² Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (III, 5, p. 1263 [847])

⁵³ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (III, 9, p. 1484 [994])

⁵⁴ Montaigne, M.: *Ensayos*, op. cit. (III, 9, p. 1438 [965])

Llegado este punto, observamos que el sujeto montañano interpela tanto al autor como al lector, situando a ambos ante el reto de dar con la verdadera identidad de Montaigne. Ahora bien, pese a reconocer la alteridad como un polo necesario que configura toda subjetividad, tampoco sabemos qué lector es capaz de dar con la verdad del yo montañano. Como señala Friedrich, «Montaigne no se dirige a un grupo social u ocupacional en particular»⁵⁵, por lo que cualquiera podría ser ese lector —incluso aquel que Montaigne pudiera considerar un mal lector.

Una posible forma de redefinir la problemática podría ser cambiar el polo hacia el que esta se orienta. Hasta el momento hemos planteado la cuestión de lo que es Montaigne *para sí mismo*, pero el reconocimiento de una otredad nos permite considerar también qué es Montaigne *para el lector*. Ello supondría resolver el problema de la identidad de Montaigne no en el sí sino en el Otro. Indudablemente los *Ensayos* nos presentan un ejercicio de autoindagación mediante el cual Montaigne busca conocerse a sí mismo pero, al dirigirse a un público, Montaigne también sirve como un espejo en el que nosotros mismos nos reflejamos y que nos permite repensar qué somos —tarea que le concierne a cada uno:

Así, en la de conocerse a sí mismo, el hecho de que todo el mundo se vea tan firme y satisfecho, el hecho de que todo el mundo crea ya ser lo bastante entendido, significa que nadie entiende nada en absoluto⁵⁶

En su ensayo «Des livres» (II, 10), Montaigne incide en que las lecturas pueden ser una de las claves que orienten la indagación sobre nosotros mismos en la medida en que quizá podamos hallar en ellas «la ciencia que trata del conocimiento de mí mismo y que me enseña a morir bien y a vivir bien»⁵⁷. Conociendo el papel que Montaigne concede a la educación⁵⁸, más que contenidos, el elemento pedagógico de las obras es el ofrecer «al lector un terreno experimental en el que *ensayar* su propio juicio»⁵⁹. Y si bien el propio Montaigne rechaza que la pretensión de sus *Ensayos* sea servir a un lector («No he tenido consideración alguna ni por tu servicio ni por mi gloria»⁶⁰), no es menos cierto que el público es también capaz de descubrir «en los escritos ajenos otras perfecciones que las que el autor ha puesto y advertido en ellos, y [prestarles] sentidos y aspectos más ricos»⁶¹. La incógnita de la identidad puede ser, así, leída como una pregunta que interpela al yo y al otro en un doble movimiento y donde el lector diligente podría responder para sí mismo a ese interrogante lanzado: Montaigne es una herramienta para ensayar mi propio yo.

4. Conclusión

Descartes y Montaigne establecen las bases de la Modernidad al hacer del sujeto el fundamento de toda reflexión filosófica. Ahora bien, en la distancia que separa al yo cartesiano del yo montañano se revela una transformación profunda en la concepción de la identidad. Mientras que el sujeto de Descartes se basta a sí mismo para existir —encerrado en la autosuficiencia del pensamiento que no requiere de otro para afirmarse—, el yo de Montaigne nace y se despliega en relación con un Otro. En los *Ensayos*, escribir es ensayar el propio ser: cada texto constituye un intento de definirse a través de la mirada del otro, un gesto que convierte la escritura en un espacio de reciprocidad.

El propio título de la obra anuncia esa condición inacabada. «Ensayar» es probar, tantear, no concluir nunca del todo. Montaigne concibe su identidad del mismo modo que concibe la verdad: como una búsqueda inagotable. De ahí que su yo sea, en el fondo, una narración abierta, una historia que se escribe mientras se piensa y que sólo adquiere sentido en el acto mismo de comunicarse con un otro. El público, por tanto, no es un mero destinatario, sino un interlocutor necesario: la conciencia de ser leído da forma al yo que se dice. En esa correspondencia, el lector se convierte también en espejo: ante Montaigne, se descubre interrogado, fragmentado, transformado. Si para el autor la otredad del público le permite buscar su verdad, para el lector Montaigne se vuelve esa otredad que lo desestabiliza y lo obliga a pensarse a sí mismo. Recuérdesse que:

Quienes se repasan sólo con la fantasía, y con la lengua alguna vez, no se examinan, en efecto, tan exactamente, ni se descubren, como quien hace de ello su estudio, su obra y su oficio⁶²

En esa mutua transformación, entre la voz que se confiesa y la mirada que la recibe, se consuma la paradoja de su proyecto: que el yo sólo llega a ser plenamente sí mismo cuando se encuentra con otro. La de Montaigne no es, por tanto, una investigación íntima encerrada en sí mismo, pues en los *Essais* encontramos la necesidad de dirigirse a un público a fin de comprenderse a sí mismo. Ese carácter público

⁵⁵ Friedrich, H.: *Montaigne, op. cit.*, p. 334

⁵⁶ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (III, 13, p. 1606 [1075])

⁵⁷ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (II, 10, p. 587 [409])

⁵⁸ Véase a este respecto: Llinàs Begon, J.L.: *Educació, filosofia i escriptura en Montaigne: Un comentari a "De l'Educació dels infants"*, Palma, Universitat de les Illes Balears, 2001.

⁵⁹ Navarro, J.: *La extrañeza de sí mismo. Identidad y alteridad en Michel de Montaigne*, Sevilla: Fénix Editora, 2005, p. 202

⁶⁰ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (I, Prólogo, p. 5 [3])

⁶¹ Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (I, 23, p. 157 [127])

⁶² Montaigne, M.: *Ensayos, op. cit.* (II, 18, p. 1003 [665])

pondría de manifiesto la imposibilidad de entender el pensamiento montañiano como una reflexión aislada encerrada sobre sí mismo.

En definitiva, responder a la incógnita montañiana quizá suponga reconocer que la identidad no es un núcleo cerrado ni un patrimonio del yo, sino la relación misma con el otro. Para Montaigne, comprenderse a sí mismo solo es posible mediante el encuentro con aquello que me refleja, me interroga y me transforma. Su yo no se basta a sí mismo; se hace y se reconoce en la mirada de los otros, en el intercambio que le permite definirse y, al mismo tiempo, descubrir que su ser es siempre incompleto y abierto.

5. Referencias bibliográficas

- Balsamo, J., «El retrato de Montaigne en los *Ensayos*: formas sociales e implicaciones éticas de la representación literaria de sí», en *Guía Comares de Montaigne*, J.L. Llinàs (ed.), Granada, Comares, 2020, pp. 69-90
- Casals Pons, J.: *La filosofía de Montaigne*, Barcelona, Edicions 62, 1986
- Desan, P.: *Montaigne. A Life*, Princeton, Princeton University Press, 2017
- Descartes, R.: *Meditaciones metafísicas*, Madrid, Alfaguara, 1977
- Friedrich, H.: *Montaigne*, Berkeley, University of California Press, 1991
- Lázaro Cantero, R.: «La vida práctica en Montaigne y Descartes», *Contrastes. Revista internacional de filosofía*, no.14, 2009, pp. 159-177.
- Limbrick, E.: «Was Montaigne Really a Pyrrhonian?», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, t.39, no.1, 1977, pp. 67-80
- Llinàs Begon, J.L.: «Acerca de utopías y realidades: el diálogo de Montaigne con Platón en «Sobre los caníbales» (Ensayos I, 31)», *Daimon: revista internacional de filosofía*, no.4, 2011, pp. 267-75
- Llinàs Begon, J.L.: *Educació, filosofia i escriptura en Montaigne: Un comentari a "De l'Educació dels infants"*, Palma, Universitat de les Illes Balears, 2001
- McLaughlin, M.: «Biography and Autobiography in the Italian Renaissance», en *Mapping Lives: The Uses of Biography*, P. France & W. St Clair (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 37-66
- Montaigne, M.: *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*, edición y traducción de J. Bayod, Barcelona, Acanalado, 2021
- Montaigne, M.: *Les Essais*, edición de P. Villey y V.L. Saulnier, París, PUF, 1988
- Navarro, J.: *La extrañeza de sí mismo. Identidad y alteridad en Michel de Montaigne*, Sevilla, Fénix Editora, 2005
- Pope-Hennessy, J.: *El retrato en el Renacimiento*, Madrid, Akal, 1985
- Raga Rosaleny, V.: *Una casa fundada en el mar. Michel de Montaigne y las pasiones*, Madrid, Guillermo Escolar, 2025
- Raga Rosaleny, V.: «¿Montaigne escéptico? La influencia de Pascal en nuestra comprensión de *Los ensayos*», *Ideas y Valores*, vol. 68, no.171, 2019, pp. 59-80
- Sexto Empírico: *Esbozos pirrónicos*, Madrid, Gredos, 1993
- Starobinski, J.: *Montaigne en mouvement*, Paris, Gallimard, 1982
- Taylor, Ch.: *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós, 1996
- Todorov, T.: *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI, 2007
- Todorov, T.: *Elogio del individuo. Ensayo sobre la pintura flamenca del Renacimiento*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2006
- Wadsworth, P. A.: «Montaigne's Relation to His Readers», *South Atlantic Bulletin*, vol.35, no.2, 1970, pp. 20-27
- Weintraub, K.J., *The Value of the Individual. Self and Circumstance in Autobiography*, Chicago, The University of Chicago Press, 1978.
- Woods-Marsden-J., *Renaissance Self-Portraiture*, New Haven & London: Yale University Press, 1998